

NO ESTOY AQUÍ

Mauricio Saucedo

Image not found.

Capítulo 1

NO ESTOY AQUÍ

Allí estarás, en la inmensidad de la nada, contemplando en tu letargo silencioso el lento pasar de tus más de cuarenta inviernos taciturnos desvaneciéndose ante tu derrotada y cansada presencia. Allí estarás. Y lo sabes. A pesar de que aún lo estarás desconociendo. Lo sabes más allá de cualquier tiempo verbal que se extinguirá en el abismo infernal de tu presencia terrenal. Lo sabrás, a pesar de ya saberlo desde el día en el cual tu primer otoño llegó a tu existencia, y a tu cansada mirada reluciente de infinitas esperanzas, e ilusiones desesperadas. Te preguntarás, pensarás cada pregunta, analizarás cada letra que conforma una problemática eterna a aquellas respuestas que quedarán atrapadas en las profundidades de tu subconsciente, y que solo en el silencio contemplativo de tu vida, podrán ser respondidas. Sin embargo, el esfuerzo será en vano, porque allí estarás. Las preguntas dejarán de buscarse a sí mismas, las respuestas se fugarán en un pequeño instante, y las verdades de tu alma se quebrarán en un silencio solemne representado en un solitario suspiro ronco saliendo de tus congeladas fosas nasales. ¿Valió la pena, la tan interminable espera? Tus ojos miran a tus ojos, tu reflejo se refleja en tu difuminado reflejo espectral, ellos contemplan cada parte de tu cuerpo, ellos se pierden y se distorsionan en la lentitud de tu indescifrable tiempo; se describen a sí mismos ante cada mirada recíproca; y se contemplan mutuamente en una muda melancolía. ¿Qué se podrá hacer? Tu vida se mira a sí misma en una pintura lista para desaparecer entre el polvo y la lluvia y convertirse de nuevo en un inmenso lienzo blanco, y puro. ¿Lo puedes evitar? ¿Lo debes evitar? Ahora las preguntas llegan a tu cabeza como bombas reventando pequeñas partes de tu cerebro. Ahora los momentos se parten en dos mitades difuminadas y mezclándose con otros sucesos ajenos a ti o a ellos; para así formar una horrenda masa que saldrá expulsada por tu boca y que cubrirá todo tu rostro hasta la asfixia. Empero, no podrás hacer nada. ¿Te acuerdas ahora de los instantes? ¿Te acuerdas ahora de la profundidad de la noche, y las estrellas brillando en aquel día en el cual besaste por primera vez al amor de tu vida? ¿Te acuerdas de su rostro bello e imaginario? ¿Te acuerdas ahora del día en el cual te volviste rebelde por primera vez, y te dejabas llevar por las botellas de vidrio rompiéndose al ritmo desesperado de *The Breaking Hands*, y el líquido de las cervezas no dejaba de fluir alrededor de la alfombra, y los vinilos rotos de *Swans* se encontraban alrededor decorando tu recámara desordenada y desorientada por tu propio orden? ¿Acaso no te acuerdas de los litros y litros de tinta derramada sobre los versos de tus sentimientos, que nunca se escribieron? ¿O de las falsas cartas de amor escritas en servilletas arrugadas y que aterrizaron aseguradas en avioncitos de papel? ¿Si te acuerdas de todas esas cosas? ¿O es necesario que los recuerdos te recuerden a ti mismo, y te reinventen al mismo tiempo que se reescribe y se renueva tu pretérito

ajeno e inverosímil a tu rostro ataviado y cansado de tantos suspiros que jamás fueron dichos? Sin embargo, (no, no puedes escapar) allí estarás. Estarás sin saberlo, a la par de que tus ojos se fragmentarán en millones de espejos de esperanzas quebradas, que tu cerebro se encargó de crear en la precocidad de tu imaginación inocente, y repleta de ilusiones y sueños que ahora están extintos.

Ahora, darás el paso siguiente. Tus más de cuarenta inviernos se quedarán atrapados, en la nostalgia de un solitario y único momento. Tus más de 18 veranos triviales y ensoñadores, se esfumarán en un solo instante sin que te des cuenta. Tus más de cinco primaveras jamás existieron: y sólo forman parte de un cuento de hadas perfecto, en el cual el sol ya no volverá a brillar más. Y tus más de cincuenta y tres otoños se quedarán atascados en un mismo movimiento distinto que nunca acabará. Los placeres se irán (despacio, despacio), las pasiones se quebrarán en un ahogado eterno lamento de Vodka y cervezas Blue Moon mezclándose con las cenizas caídas de las miles y miles colillas de cigarrillos dispersos en los cajones de los calcetines y las maletas de viaje; y la confusión permanecerá intacta. Continuará en las hojas muertas a punto de caer al suelo, y que seguirán intentándolo hacer ante el ajetreo de los carros moviéndose por el pavimento seco de las calles sucias y polvorientas de tu ciudad; ante los gritos y las voces secas quejándose; ante las jornadas interminables y las camisas blancas sin planchar, y ante tu indiferencia espectral difuminándose día a día, forzándose a existir y a levantarse cada mañana siendo conscientemente inconsciente del pasar de las manecillas del reloj, y de la dilatación de los arrugados parpados cansados de haber visto todo, y al mismo tiempo nada. Y ni te lo repites de nuevo, porque lo sabes. Lo sabes más allá de que aún lo seguirás negando. Y la negación misma, será tu único recurso para obligarte a aceptarlo. Y la aceptación misma, será la negación de un rechazo constante y contradictorio de cada pregunta cortada y entrecruzada vagando en las lagunas profundas de tus pensamientos silenciados.

Ahora todo seguirá. Las más de 60 hojas continuarán flotando antes de caer en otro inútil y superfluo otoño. Sí, otro otoño más de tu vida. Otra hoja más, otra de las más de cientos reducidas a escombros innecesarios, decorando a todos los recuerdos de tu vida, y dejando los restos carbonizados de cada día incesante, punzante, inmenso, tan inmenso como el número de mil cifras, reducido a un solo par de números inútiles. Ahora todo seguirá. Seguirán las sensaciones; el éxtasis; los sentimientos; los dramas; los caprichos; las alegrías; las sorpresas; las muertes; los odios; y los rencores se catapultarán en un solo momento (mezclado de canas y saliva, canas y pastillas, bilis y cenizas) en el cual abrirás los ojos y la luz blanca penetrará por todo tu cuerpo y empezarás a llorar del miedo a lo desconocido que tanto tiempo tuviste que conocer desconociéndolo a cada momento, a cada milisegundo de súper lucidez, a cada inhalación y exhalación saliendo de tus fosas nasales irritadas de tu rostro joven y brillante repleto de arrugas ajenas volando y fingiendo ser

una historia remota de caballos y trenes de vapor repletos de fotografías en tonalidad sepia, bailando al compás del fonógrafo destartado y el toca discos sin aguja, (¿lo ves, lo sientes, lo presientes? No, no porque ya no lo tienes que decir.) y guardando un silencio solemne, repleto de una triste y eterna melancolía.

Acabas de llegar. Acabas de entrar, y tu lamento continuará hasta que sientas el alivio de una suave manta apoyándose por detrás de tu espalda virgen, y tapando la inmensidad de la luz blanca, que seguirá allí, fija, en frente de ti, y distante del mundo y de la vida misma, y sí, lentamente ya no verás la luz. La luz se apagará. Y el sol brillará con todo su esplendor y los árboles renacerán con el esplendor de sus hojas verdes mientras miles de pájaros anunciarán con su aletear, la llegada de la primavera. Y con la llegada de la primavera, una maleta repletos de recuerdos se iluminará de un zarpazo con tu presencia demacrada y cadavérica y tu presencia viva sin vivir resurgirá de las cenizas con un ligero llanto, dándote la bienvenida a la vida y a la inexistencia estando existiendo, mientras tu llanto se dilatará en el silencio, y a la mañana siguiente la luz del sol brillará como siempre junto con el olor del café humeando la cocina. Y allí estarás. En la inmensidad de la nada, sin nunca haberlo sabido, a pesar de ya saberlo.